

Domingo XVII Tiempo Ordinario

Génesis 18, 20-32; Colosenses 2, 12-14; Lucas 11, 1-13

« Porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre »

28 Julio 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« Es impresionante cómo estamos todos unidos los unos con los otros. Lo que hacemos repercute en el resto. Es la comunión de los santos, el Cuerpo Místico de Cristo »

Hay diferentes formas de percibir la realidad, de enfrentarnos con la vida. Podemos mirar con ojos claros y transparentes, viendo lo positivo, la belleza del mundo, la botella medio llena. Pero también podemos resaltar sólo lo que falta todavía para que la vida sea perfecta, completa, plena. El otro día en una boda hacía mucho calor. Habían repartido abanicos. En la homilía les dije: *«Hacen falta personas que vean la vida de forma positiva. Ante el calor uno puede llegar a la iglesia y quejarse de la tacañería del novio que no ha puesto aire acondicionado. O, por el contrario, puede alegrarse de poder llevarse a casa un abanico tan bonito»*. Son dos actitudes diferentes. Hay personas que viven agradeciéndole a la vida lo que les regala, sin exigir más, sintiendo que ya el hecho de vivir es un regalo. Se alegran cuando sucede lo que ellos desean y tienen paz cuando nada sale como esperaban. Hay otras personas que viven exigiéndole al mundo y a Dios lo que no reciben. Así sufren y se enquistan la amargura en su corazón. Porque nunca están satisfechos con lo que tienen. Porque siempre todo, la vida, los amigos, la familia, les defraudan, porque podían ser mejores. Tal vez hace falta un corazón muy sencillo para alegrarse con lo cotidiano. Para disfrutar de los momentos que se nos escapan, para alegrarnos con un gesto de amor. Decía Nguyen van Thuan: *«Dejar todo lo que es accesorio, concentrarme en lo esencial. Cada palabra, cada gesto, cada conversación telefónica, cada decisión es la cosa más bella de mi vida; reservo para todos mi amor, mi sonrisa; tengo miedo de perder un segundo viviendo sin sentido»*. Hace falta un corazón sencillo que se alegre con los regalos pequeños de cada día, sin exigir más. Un corazón pobre, capaz de vivir la vida intensamente. Pero nuestro corazón pierde la sencillez cuando se complica, cuando se obsesiona por lograr lo que quiere, cuando sólo busca su interés sin pensar en los demás. Es necesario pedirle a Dios un corazón de niño, sencillo y alegre. A veces, cuando llega el tiempo de vacaciones, soñamos con unos días perfectos de descanso. Casi siempre corremos el riesgo de decepcionarnos. Ni siquiera en vacaciones la vida es perfecta. Y dejamos de disfrutar los días imperfectos con la familia, con los amigos, porque deseamos lo que no tenemos, el viaje que no podemos hacer, el sueño que no se hace realidad. Parece sencillo, pero no lo es. El corazón es más complejo de lo que quisiéramos. Miramos a los niños que se alegran con las cosas sencillas. Miremos en sus ojos que vibran con los planes simples, con las actividades cotidianas, con el agua y el sol, con la risa compartida. Un corazón así es el que deseamos para vivir estos días en los que se nos regala un tiempo para mirar nuestra vida y alegrarnos con todo lo que Dios hace con nosotros. **Un tiempo de descanso para agradecer por el curso y mirar el futuro.**

El otro día pensaba que hay una gran diferencia entre hablar bien y hablar mal de las personas, entre hablar y decir lo que llevamos en el corazón o mejor callar y guardarlo. En ocasiones hablamos más de la cuenta, nos cuesta guardar silencio. Pensamos demasiado en la vida de los demás. Quizás porque no estamos contentos con nuestra vida y nos apasiona juzgar otras vidas, poner etiquetas, decidir si están bien o mal, si sus actos son los adecuados o deberían comportarse de otra manera. Puede ser que nos creamos la medida del correcto comportamiento. Los que se aproximan a nuestra forma de ver la vida están

bien, los que se alejan, están mal. Pensamos, juzgamos, condenamos. Lo guardamos en el corazón o lo expresamos. En un afán por sacar a la luz los pecados de los demás. ¡Cuánto bien nos hace hablar bien de los otros! Nos llena de paz y de vida. Hablar bien, sin ningún pero que valga, es una sabia medida. Si no sabemos qué decir, mejor callar. Es más sabio el que calla que el que habla demasiado. A veces nos encanta hablar aunque no sepamos, porque creemos que la vida es como nosotros la vemos. Hace poco el Papa Francisco comentaba los peligros de la murmuración: «No habléis mal uno del otro. No os denigréis. No os descalifiquéis. Si uno no es capaz de dominar la lengua se pierde». Hablar mal de los demás envenena el aire. Hablar bien, por otro lado, es una virtud que alegra el alma, a las personas y a Dios. Abrahán hoy le habla bien a Dios de su pueblo, de sus hijos, no juzga: «Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él?». Abrahán no se calla, habla bien de los suyos. Intercede. Está seguro de encontrar justos. ¡Cuánto nos cuesta ver lo bueno! La difamación, la murmuración, la maledicecia, nos envenenan. Airear los pecados ajenos, destacar sus caídas, alegrarnos públicamente de sus debilidades. Nuestras palabras crean hechos, y las mentiras creadas manchan la fama. Acabamos siendo esclavos de nuestras palabras y dueños de nuestros silencios, como siempre decimos. **Si nos aceptáramos más en nuestro propio pecado, en nuestros límites, seríamos más capaces de aceptar y querer a los demás como son.**

Al pensar en los corazones que son justos y en aquellos otros que están lejos de la justicia, ¿hasta dónde se puede perdonar? ¿Se puede perdonar al culpable gracias a que hay suficientes justos que no han pecado? Nos decía el Papa Francisco: «Dios nunca se cansa de perdonar. El problema es que nosotros nos cansamos de pedir perdón». La primera lectura es una oración preciosa, donde sale lo mejor del corazón de Abrahán y toca el corazón misericordioso de Dios, que se conmueve tanto, que cambia de opinión y perdona al pecador. Es la intercesión humana y el perdón de Dios, infinito, más grande cuanto más le va pidiendo Abrahán. Al principio de la oración, Abrahán clama justicia, y poco a poco, va pidiendo más. Ama a su pueblo y no se cansa de pedir y suplicar el perdón. Conoce a Dios, confía en Él, se siente entonces con derecho de hijo a implorar. Porque ha conocido el amor de Dios, ha tocado su rostro, ha compartido la mesa en Mambré, ha creído en su promesa cuando todo parecía imposible y sabe que Dios nunca abandona a los suyos. Por eso confía como los niños y habla con franqueza a Dios: «En aquellos días, el Señor dijo: - La acusación contra Sodoma y Gomorra es fuerte, y su pecado es grave; voy a bajar, a ver si realmente sus acciones responden a la acusación; y si no, lo sabré. Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el Señor seguía en compañía de Abrahán. Entonces Abrahán se acercó y dijo a Dios: - ¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti hacer tal cosa!, matar al inocente con el culpable, de modo que la suerte del inocente sea como la del culpable; ¡lejos de ti! El juez de todo el mundo, ¿no hará justicia? El Señor contestó: - Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos. Abrahán respondió: - Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Si faltan cinco para el número de cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad? Respondió el Señor: - No la destruiré, si es que encuentro allí cuarenta y cinco. Abrahán insistió: - Quizá no se encuentren más que cuarenta. Le respondió: - En atención a los cuarenta, no lo haré. Abrahán siguió: - ¿Y si se encuentran treinta? Él respondió: - No lo haré, si encuentro allí treinta. Insistió Abrahán: - Me he atrevido a hablar a mi Señor. ¿Y si se encuentran sólo veinte? Respondió el Señor: - En atención a los veinte, no la destruiré. Abrahán continuó: - Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. ¿Y si se encuentran diez? Contestó el Señor: - En atención a los diez, no la destruiré». Génesis 18, 20-32. A medida que Abrahán va pidiendo más, el corazón de Dios se muestra entonces más misericordioso, cada vez más, por encima de lo lógico. Sólo por diez justos, por uno solo, se salva el pueblo entero. Dios perdona, perdona una y mil veces, perdona cuando es lógico y justo y cuando deja de serlo. No es equilibrado con los méritos del hombre. Es gracia, don, plenitud. Impresiona que espere hasta que Abrahán le pide. ¿Qué hubiese pasado si Abrahán no hubiese hablado a Dios? No le da todo desde el comienzo, sino que da a

medida que ve el amor de Abrahán por su pueblo. No le puede negar nada porque lo ama con locura y sabe que Abrahán ama a su pueblo. Se conmueve al ver su misericordia, su capacidad para pedir por otros e interceder. Abrahán es fiel a su misión de padre de muchos que vela por los suyos. **Dios le entregó un pueblo y tiene que velar por él.**

¡Cuántas veces, casi siempre, la oración es un momento en que le hablamos a Dios de lo que sentimos, de lo que deseamos, de lo que anhelamos, de nuestras cruces, carencias y heridas! En realidad, está bien que sea así, porque con Dios siempre podemos ser quienes somos y desahogarnos sin escondernos, sin fingir que somos los que no somos, sin tener que tapar nuestro pecado. Él nos espera tal y como nos encontramos en cada momento, nos ama como somos, nos abraza. Se ha enamorado de nosotros sin que hayamos tenido que hacer nada para merecerlo. Porque el amor no se merece, es gracia. No obstante, la oración más pura consiste en pedir por los otros. Es la oración que nace cuando somos capaces de dedicar nuestro tiempo a hablarle a Dios de otros que lo necesitan, de contarle a Él, que todo lo puede, de los demás y sus problemas. No siempre es fácil porque nos cuesta salir de nuestra preocupación, de nuestros intereses. Pero esa oración nos acerca mucho a Dios, porque así es su corazón. Dios no puede resistirse ante nuestras peticiones. No puede resistirse a Abrahán. Está orgulloso de su hijo, de cómo cuida a sus ovejas, a los suyos. Abrahán intercede hasta el final. Dios perdona. En el cielo veremos cómo nuestra oración por los otros ha sostenido a tanta gente, y cómo la oración de los demás nos ha sostenido en momentos muy oscuros y difíciles de nuestra vida. Es algo invisible, como las cosas más hermosas de la vida. Tenemos que aprender a rezar por los otros como hace hoy Abrahán, con pureza de corazón, pidiendo por sus intenciones, confiando en que Dios nos escucha. Tantas veces en la oración nos dedicamos a quejarnos, a justificarnos, a hacernos las víctimas, a pedirle a Dios que nos dé la razón y nos conceda lo que necesitamos. Le pedimos hoy que nos ayude a salir de nosotros mismos para mirar a los otros con sus ojos, con misericordia, con humildad. Quizás la oración de Abrahán salvó a muchos, quizás muchos de los salvados creyeron en ese Dios que se compadece y que no juzga, en un Dios que mira a un justo y por ése salva a todos. Es impresionante cómo estamos todos unidos los unos con los otros. Lo que hacemos repercute en el resto. Es la comunión de los santos, el Cuerpo Místico de Cristo. Cuando llegamos al Santuario con nuestra entrega, con nuestro capital de gracias, pensamos en tantos que necesitan nuestro sí, nuestro aporte, nuestra oración e intercesión. Por un solo justo se salvaron todos, por uno solo que intercedió se salvaron todos. **Juntos vamos hacia el cielo. Nuestros actos importan. ¿Por quién rezamos e intercedemos? ¿De quién le hablamos a Dios cuando rezamos?**

Lo que mueve el corazón de los discípulos después de ver orar a Jesús es aprender a rezar. Algo en su manera de orar les hacía desear rezar como Él. Veían que ellos no sabían: *«Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: - Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos».* ¿Cómo sería la oración de Jesús? ¿Cómo rezaría cuando se retiraba al monte a orar? Muchas veces nos dice el Evangelio que Jesús se retiraba y buscaba la soledad en el desierto, en la montaña, en la barca. Esos tres lugares eran especiales. Necesitaba apartarse un poco del mundo para ver con profundidad cada día, su propio corazón, lo que estaba pasando. Necesitaba tomar algo de distancia. Tendría su postura particular, su lugar preferido, su manera de rezar propia. Habría encontrado la forma original de hablar con su Padre, con silencios, con palabras, con miradas, con gestos. Rezaría con profunda intimidad. Sencillamente estaría con Él. Ésa sería su oración más habitual, estar a su lado, pasar tiempo con Él, mirándole y dejándose mirar, en silencio, contemplando juntos el paisaje, o a una persona, o estando a su lado sin más. Su corazón de hijo obediente descansaba así en su Padre. Y su Padre en Él. Es la manera de rezar de Jesús que nos muestran los evangelios sin decirlo. Y a nosotros nos cuesta que la oración no sea eficaz, productiva. Nos cuesta contemplar a Dios y sentir que no nos llevamos nada nuevo. Nos resulta difícil simplemente estar en silencio mucho

tiempo, porque nos llega a parecer una pérdida de tiempo y pensamos que no nos llevamos nada interesante. No nos damos cuenta de que esa paz de estar a su lado es la que nos tendría que sostener todo el día. Orar es estar en sus manos como un niño y dejarnos acariciar y mirar por Él. Es dejar el timón en su poder porque no podemos más, porque estamos agobiados y agotados y necesitamos su compañía. Es dejarse abrazar en silencio por sus manos de Padre que nos sostienen y sosiegan. Jesús, además, lo consultaba todo con su Padre. Buscaba la claridad en su presencia. ¿Lo hacemos nosotros antes de tomar decisiones importantes? Muchas veces decidimos y luego buscamos su aprobación. Por otro lado, en otras ocasiones, Jesús hacía un gesto de mirar al cielo antes de bendecir el pan o de hacer un milagro. En medio de su vida cotidiana, de su misión, allí donde se encontraba, Jesús levantaba la mirada al cielo. Nos muestra así cómo la oración, en medio de nuestra vida cotidiana, debe ser un parón, un momento de conexión con Dios, aunque sea corto. **¿Cuántos gestos de complicidad con su Padre tendría Jesús en medio del día!**

Hoy nos preguntamos: ¿Cómo rezamos nosotros? ¿Qué lugar nos ayuda a rezar mejor? ¿Qué momento del día nos viene mejor? Jesús respondió con sencillez a los suyos: *«Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación»*. Les muestra que la forma más fácil de rezar es con palabras sencillas. Como un niño habla con su padre, como un hijo expresa sus necesidades a un Dios todopoderoso y misericordioso. A un Dios cercano que es papá. Dice el P. Kentenich: *«No debemos cansar a este mundo con exigencias éticas y morales. Yo soy un hijo de Dios en el más completo y verdadero sentido de la palabra. Si no nos transformamos en verdaderos hijos de Dios no podremos entrar en el cielo»*¹. Jesús no les habla de largas oraciones que tendrían que repetir en distintos momentos del día. No, va a lo esencial y les dice que tienen que hablar con Dios como habla un hijo con su padre, con pocas palabras y muchos silencios, con muchas miradas y poca timidez. Sí, mirar a Dios y que Dios nos mire. Mostrando nuestra necesidad y deseando el cielo en nuestras manos. Se trata de hacernos como niños manifestando nuestros miedos y agobios, nuestras necesidades y preocupaciones. Pero con la sonrisa de ese niño que se sabe profundamente amado por Él. Nuestra oración de alabanza, de acción de gracias, de implorar por otros, de pedir perdón para otros, de confianza, de entrega, de estar con Dios. Hoy, como los discípulos, le decimos a Jesús: *«Señor enséñanos a orar. Con tu intimidad, con tu sinceridad, con tu humildad, con tu obediencia, con tu misericordia, con tu confianza, con tu profundidad. Reza por nosotros cuando no sepamos. Ayúdanos a mirar al Padre como tú lo miras. A estar con Él y contigo. Enséñanos a orar porque no sabemos, porque lo necesitamos»*. Ahora, en tiempo de descanso, cuando nos cuesta más que durante el curso encontrar esos momentos porque nos falta la rutina, queremos aprender a rezar de verdad. Sabemos que la rutina en nuestra vida, y especialmente en la oración, es importante. Es fundamental tener una manera propia de entregar el corazón a Dios en la oración. A algunos les ayuda escribir, cantar, o sencillamente mirar al sagrario o la cruz. A otros les basta con estar en silencio entregándolo todo. En ocasiones nos ayuda arrodillarnos o estar sentados. Es fundamental tener hábitos. Además es importante encontrar símbolos con los que nos identificamos, algún pasaje del Evangelio, alguna frase o cita que tenga más resonancia en el alma. Todo tiene que ver con nosotros, con algo que Dios ha sembrado en lo más profundo de nuestro ser. **¿Qué palabras usamos con más frecuencia? ¿Qué palabras sólo son para Dios?**

El evangelio recoge muchos momentos de oración, pero no tantas palabras de Jesús dirigidas al Padre. Pero estas pocas palabras nos dicen mucho y nos pueden ayudar a saber cómo oraba Jesús. Son palabras de alabanza y gratitud que desbordan su corazón. Jesús alababa al Padre, le daba gracias, se sentía amado y cuidado por Él, su Hijo amado; una vez le alaba porque muestra las cosas a los más pequeños (Mt 11,25-26). En otra ocasión,

¹ J. Kentenich, “Ejercicios para los padres de la comunidad misionera de Belén”, 1937

antes de la resurrección de Lázaro, con una confianza impresionante, dice que sabía que Él siempre estaba con Él, que siempre le escuchaba (Jn 11,41-42). Jesús da gracias a su Padre. ¡Cuántas veces nos olvidamos de dar gracias, de agradecer por las cosas pequeñas de la vida y convertimos a Dios en dispensador de favores! Dar gracias a otro ensancha el corazón, nos hace mirar nuestra vida con alegría al reconocer la mano de Dios que no nos deja, que nos acompaña. Comenta el Papa Francisco en la Encíclica *Lumen Fidei*: «Aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas». Miramos agradecidos el paso de Dios por nuestra vida, porque nada es evidente. Dios nos salva y cumple sus promesas. Otras palabras de Jesús son las que le dirige al Padre hablándole de los suyos, a quienes tanto amaba. Pide por ellos en la última cena, contándole al Padre cuánto los quiere, pidiéndole que los guarde. Al mismo tiempo pide por sus enemigos. En la cruz suplica al Padre que perdone a los que le están crucificando. ¿Cómo no le va escuchar el Padre? ¿Y nosotros rogamos a Dios por los nuestros? ¿Le pedimos a Dios que perdone a los que nos hacen daño, a los que nos ofenden, a los que no queremos tanto? ¿A los que no perdonamos? No hay mayor entrega, **no hay oración más pura, que aquella en la que pedimos por aquellos a los que nos resulta difícil querer y perdonar.**

Hay dos momentos en los que Jesús muestra su dolor en su oración y entrega su corazón roto al Padre. Sabe que su Padre lo acoge siempre, le comprende y ama. Jesús se muestra hombre necesitado como nosotros, y le habla de lo que siente su corazón que se desgarrar, que tiene miedo y sufre. Es en Getsemaní, postrado, cuando le pide a su Padre que si es posible pase el cáliz del dolor. Es en la cruz, colgado del madero, cuando en un grito de hombre, desgarrada el alma, le pregunta, como nosotros tantas veces, por qué le ha abandonado. Es su dolor, su sangre, su llanto, lo que nos conmueve. Nuestra oración, ¿es sincera? ¿Le contamos a Dios nuestros miedos y angustias? ¿Le preguntamos por qué no está, por qué no se nos muestra? A veces damos respuestas demasiado aprendidas: «*Es porque Dios quiere. Será su voluntad, es lo mejor*». Es muy sano aprender a mostrarnos como somos, porque así Dios nos abraza y nos comprende. Así oró Jesús, sudando sangre. Jesús conoce nuestros miedos porque los sintió, nuestro dolor porque lo padeció. Él nos enseña a orar, en Getsemaní, postrados. En la cruz, con los brazos abiertos. Después de romperse ante su Padre, sintiéndose profundamente amado, Jesús se entrega: «*Pero que no se haga mi voluntad sino la tuya. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». Nuestra oración, si se parece a la de Jesús, debería ser siempre entregar nuestra voluntad para que se haga la de Dios. A veces hacemos lo contrario, le pedimos a Dios que se amolde a nuestros deseos y nos enfadamos si no es así. Quizás nos falta creernos que Dios nos quiere felices y que nuestro nombre lo pronuncia con infinita ternura. Lo que más le importa es que nuestra vida y nuestro corazón se llenen. Decía el Papa Francisco en la JMJ de Brasil: «*Tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón*». Su voluntad es la que nos abre la puerta de la vida en plenitud. En Él ponemos nuestra esperanza. Después de la oración en el huerto, Jesús tiene paz y serenidad. Su fuerza fue la oración. Así es nuestra oración al Padre. Dios nos da la paz que nos sostiene en la vida. **Esa oración es nuestra roca, es la fuente que nos ayuda a vivir con alegría, sin que las dificultades externas nos tambaleen.**

Dios escucha nuestra oración y no olvida nuestra necesidad. Hoy nos dice: «*Si alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche para decirle: - Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle. Y, desde dentro, el otro le responde: - No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos. Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un*

escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» Lucas 11, 1-13. Jesús nos anima a pedir, a buscar, a llamar. Dios no es un Dios estático, es un Dios peregrino que camina a nuestro lado. Es el Dios de la vida que no nos deja nunca. Ese Dios junto al que vamos construyendo nuestra vida. Pedimos y Él nos escucha, preguntamos y gritamos. Él nos responde o espera en silencio a veces. Llamamos y nos abre, Él llama y le abrimos, nos pide y le damos, nos pregunta y le respondemos. No estamos solos, no está solo. Orar es caminar con Dios. Jesús nos anima a confiar en que nuestro Padre está ahí siempre, dispuesto a darnos, a respondernos, a encontrarnos. A veces lo vemos como un juez, o como alguien lejano que no nos toca, no interviene, calla, está ausente. Jesús nos habla de Dios como ese Padre que siempre nos espera, nos abraza y nos ama. Nunca se cansa. Quizás, es verdad, a veces nos responde de forma distinta a lo que pensábamos y no nos da lo que creíamos que nos convenía. Aquello que veíamos como un bien para nuestra vida. No todo lo que le pedimos sucede como quisiéramos. Por eso podemos malinterpretar este Evangelio pensando que Dios tendría que hacer realidad todos nuestros deseos. Tal vez nos da algo diferente de lo que le hemos pedido. Pero siempre acaba dando más de lo que pedimos. Nos pide que nos fiemos de sus tiempos, de sus plazos, de sus caminos. Aunque muchas veces no entendamos. Comenta el P. Kentenich al hablar de la fe de Abrahán: «Para él es evidente que los caminos de Dios no son nuestros caminos y que el pensamiento humano no debe pretender penetrar en la incomprensibilidad divina»². Él nos quiere mucho más que nosotros a nuestros hijos, que nosotros a nosotros mismos. Aunque es verdad que sus planes no son nuestros planes y que muchos porqués los entenderemos sólo en el cielo. Pero nosotros pedimos, como lo hacemos en las siete súplicas del padrenuestro, aunque dejamos nuestra vida en sus manos. Él nos ama sin que hagamos nada. En ocasiones nos sucede que aquello que temíamos que ocurriera acaba sucediendo. Algo difícil. Y pensamos que es injusto. En ocasiones ese mal llega a convertirse por obra de Dios en fuente de bendición, puerta abierta a algo mucho mejor que lo que habíamos soñado. Puede suceder que, al renunciar con paz en el corazón a aquello que queríamos con toda el alma, descubramos otro camino mucho más pleno y más bello. A veces ocurre que lo que tanto anhelábamos, no nos trae tanta vida y alegría como esperábamos. Es verdad que hay cosas que nunca entenderemos aquí en la tierra y tendremos que esperar hasta el cielo para ver algo de luz. Pero también sabemos que la oscuridad del camino la podemos compartir con Dios y pedirle que nos dé paz en el dolor. Él siempre nos espera con las puertas de su corazón abierto para sostenernos y darnos esperanza. Tendríamos que aprender a vivir con la misma paz los momentos en que vemos que Dios nos lo da todo, como aquellos momentos de cruz, cuando hay oscuridad. **Él es el que lleva el timón de nuestra barca.**

María intercede siempre por nosotros ante el Padre como lo hacía Abrahán. Ella habla a Dios de nosotros, con cariño, con cuidado maternal. Le interesa nuestra vida. Quiere que seamos felices y suplica que Dios perdone nuestras faltas. Todo lo que nos inquieta y preocupa descansa en su corazón maternal. Ante Ella Jesús no se puede resistir y le da todo lo que pide. Es la oración de nuestra madre en Caná, cuando le habla a Jesús del vino que falta. Antes de que se lo pidamos, antes de que nos demos cuenta de que nos falta vino, María intercede. Su mirada no se aparta nunca de nosotros. Como decía San Bernardo es necesario volver la mirada a nuestra Madre en mitad de la tormenta y suplicar su mirada: «Si la cólera, la avaricia, los deseos impuros sacuden la frágil embarcación de tu alma, levanta los ojos hacia María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No te extraviarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si piensas en Ella». Al final, puede que sigan los peligros y las angustias, pero volver los ojos a María nos sostiene y sosiega, nos da paz y nos levanta. Ella nos mira y mira a Dios. **Pide por nosotros y nos sostiene con su inmenso cariño. No la olvidamos. Es el faro en medio de la tormenta.**

² J. Kentenich, “Dios presente”, 216